

## CAPÍTULO XXIII

*Medios de que se valió Apeles para oponer a los Aratos a Filipo.—Tala de la Élide por este rey.—Nuevas maniobras de Apeles.—Última voluntad de Antígono en la distribución de los empleos de palacio.—Marcha de Filipo a Argos.*

Apeles, de quien ya hemos hecho mención, lejos de desistir de su propósito, procuraba ir reduciendo poco a poco bajo el yugo a los aqueos (año -219). Comprendía que para tal propósito le servirían de obstáculo los dos Aratos, a quienes Filipo estimaba, sobre todo al viejo, por el trato que había mantenido con Antígono, por el mucho crédito que obtenía en su nación y especialmente por su sagacidad y prudencia. Para derribar a estos dos personajes se valió de esta astucia. Averiguó quiénes eran sus rivales en el gobierno, los hizo venir de sus ciudades, los recibió en su gracia, los incitó con halagos a su amistad y los recomendó a Filipo, advirtiéndole a éste por separado que mientras estuviese adherido a los Aratos tendría que tratar a los aqueos según estaba prescrito en la alianza, pero que si le daba crédito y recibía ahora a éstos por confidentes, manejaría todo el Peloponeso a su arbitrio. Volvió después sus miras a las elecciones. Quería que recayese sobre uno de éstos la pretura, y por consiguiente se excluyese a los Aratos. Para esto persuadió al rey de que, bajo el pretexto de que iba a Élide, se llegase a Egio a los comicios de los aqueos. Efectivamente, el rey fue, y Apeles se encontró también presente al tiempo oportuno, donde ya con ruegos, ya con amenazas, consiguió aunque con trabajo el que se eligiese por pretor a Epérato el Fareense y se excluyese a Timóxeno, por quien estaban los Aratos.

Después de esto Filipo se puso en marcha, y cruzando por Patras y Dime llegó a una fortaleza llamada Tico, que sirve de frontera al país de los dimeos, y poco tiempo antes había sido tomada por Eurípidas, como hemos mencionado anteriormente. Deseoso el rey de recobrarla a cualquier precio para los dimeos, acampó frente a ella con todo el ejército. Los eleos que la guarnecían temieron y la entregaron. Este castillo no es grande, por cierto, pues apenas pasa de estadio y medio su circunferencia, pero se halla bien fortificado, y la altura de sus muros no baja de treinta codos. El rey lo entregó a los dimeos, corrió talando la provincia de los eleos y después de saqueada regresó a Dime con el ejército cargado de despojos.

Apeles, que creía haber conseguido en parte su propósito con haber puesto pretor a los aqueos por su mano, volvió a indisponer a los Aratos con el rey a fin de separarle completamente de su amistad. Para ello se propuso idear una calumnia con el artificio siguiente. Anfidamo, pretor de los eleos, que había sido hecho prisionero en Talamas con otros que se habían allí refugiado, como hemos mencionado anteriormente, después que fue conducido con otros prisioneros a Olimpia, solicitó por medio de ciertos amigos tener una conferencia con el rey. Obtenida la venia, le dijo que él tenía autoridad para atraer a los eleos a su amistad y alianza. Filipo le creyó y le envió sin rescate, previniéndole ofreciese de su parte a los eleos que si abrazaban su partido les restituiría todos los cautivos sin rescate, les pondría el país a cubierto de todo insulto exterior, vivirían libres, sin guarnición, sin impuesto y les conservaría sus propias leyes. Los eleos, no obstante unas ofertas tan halagüeñas y magníficas, no hicieron caso. De aquí tomó ocasión Apeles para idear la calumnia y llevarla a oídos del rey, asegurándole que no era sincera la amistad de los Aratos para con los macedonios, ni tenían verdadero afecto a su persona; que en la ocasión presente ellos eran los autores de la enajenación de los eleos. Pues cuando Anfidamo marchó de Olimpia a Élide, los Aratos cogiéndole a solas le habían seducido y dicho que de ninguna de las maneras convenía al Peloponeso que Filipo dominase a los eleos, y por esta causa despreciaban sus ofertas, conservaban la amistad de los etolios y mantenían la guerra contra Macedonia.

Así que el rey escuchó estos cargos, ordenó llamar a los Aratos y que en su presencia Apeles los repitiese. Efectivamente vinieron. Apeles sostuvo lo dicho con una audacia espantosa; y viendo que el rey callaba agregó que, pues eran tan ingratos y desconocidos a los beneficios de Filipo, este príncipe había decidido convocar la asamblea de los aqueos y, justificada su conducta sobre estos hechos, retirarse otra vez a Macedonia. A esto tomó la palabra Arato el viejo, y en general aconsejó a Filipo que jamás diese oídos a chismes ligeramente y sin consideración, y que cuando éstos se dirigiesen contra un amigo o aliado, hiciese un examen más exacto antes de dar crédito a la calumnia, pues ésta era prenda de un ánimo real y muy conducente para todo. En este supuesto le suplicaba que, para juzgar de lo que decía Apeles, llamase a los que lo habían oído, hiciese entrar en medio de éstos al autor de los cargos y no omitiese medio de cuantos pudiesen contribuir a averiguar la verdad, antes de descubrir el asunto a los aqueos.

El rey aprobó el consejo de Arato, y dijo que no omitiría medio de inquirir la verdad: con esto se disolvió la reunión. En los días siguientes Apeles no presentó prueba alguna de su declaración; pero en favor de los Aratos sobrevino este acci-

dente. Los eleos, cuando Filipo talaba su país, poco satisfechos de Anfidamo, habían decidido prenderle y enviarle a Etolia cargado de cadenas. Éste, presintiendo el golpe, se había retirado por de pronto a Olimpia; pero informado poco después de que Filipo se hallaba en Dime ocupado en la distribución del botín, fue prontamente a verle. Los Aratos, cuando supieron que Anfidamo había llegado fugitivo de Élide, alegres sobremanera, como que en nada les remordía la conciencia, acudieron al rey y le rogaron le llamase; puesto que nadie mejor sabía los cargos de la acusación, ya que con él habían sido tratados, y ninguno más bien declararía la verdad, pues se veía fugitivo de su patria por su causa, y en él fundaban al presente la esperanza de su salvación. Al rey plugo este consejo, envió a llamar a Anfidamo y se halló la acusación del todo desmentida. De allí adelante, así como fue siempre en aumento la estimación y aprecio de Arato para con el rey, fue también en disminución el concepto de Apeles; y aunque prevenido de un gran aprecio por su persona, en muchas cosas tuvo que cerrar los ojos sobre su conducta.

Pero no por eso desistía Apeles de sus intrigas; por el contrario, buscaba cómo malquistar a Taurión, prefecto del Peloponeso. Para ello no hablaba mal de su persona, antes le elogiaba y proclamaba que era a propósito para acompañar al rey en campaña. Su propósito era poner por su mano otro en el gobierno del Peloponeso. Exquisito género de calumnia, sin hablar mal, dañar al prójimo con alabanzas. Esta astuta malignidad, este encono y este artificio se encuentran principalmente entre los que frecuentan las aulas de los reyes; allí es donde reina la envidia y ambición de tirarse los unos a los otros. Del mismo modo, Apeles, siempre que hallaba ocasión, mordía a Alejandro, capitán de la guardia. Su fin en esto era disponer a su antojo de la guardia de la persona real y, en una palabra, trastornar el orden que Antígono había establecido. Este príncipe, mientras vivió, cuidó bien del reino y de la educación de su hijo; y al morir, dio sabias providencias sobre todo lo que pudiera suceder posteriormente. En su testamento dio cuenta a los macedonios de todo lo que había hecho, y dispuso para el futuro cómo y por quiénes se habían de manejar los asuntos. Su propósito era no dejar pretexto alguno de envidia ni sedición entre los palaciegos. Entre los que andaban a su lado, dejó a Apeles por tutor, a Leoncio por comandante de los rodeleros, a Megaleas por canciller, a Taurión por gobernador del Peloponeso y a Alejandro por capitán de la guardia. Apeles dominaba ya absolutamente sobre Leoncio y Megaleas, y ahora procuraba separar de sus ministerios a Alejandro y a Taurión, para manejarlo todo por sí o por sus partidarios. Sin duda hubieran tenido efecto sus propósitos, a no haberse ganado un antagonista como Arato; pero pronto recibió el castigo de su imprudencia y ambición. Pues poquísimos días después sufrió en sí mismo lo que pensaba hacer con otros. Por ahora pasaremos en silencio cómo y de qué forma sucedieron estas cosas, para dar fin a este libro; pero en siguientes examinaremos con detalle todas sus circunstancias. Filipo, después de arreglados estos asuntos, regresó a Argos, donde, enviando el ejército a Macedonia, pasó el invierno con sus amigos.